

La Jefa

Cristina Gich de Jaime

CRISTINA GICH DE JAIME



La Jefa

EDICIONES *en* HADES

Capítulo 1

Prólogo

El vuelo será largo, quince horas me han asegurado, pues debemos hacer un par de escalas para repostar. Es mi primera vez en el jet privado del jefe, el lujo está en cada esquina, por lo que me siento como en casa.

Mi atención se desvía de la pantalla y se posa en el paquete que tengo que entregar, una morena treintañera que ha cabreado a quien no debía. La he acostado bocarriba en la cama, de ciento cincuenta centímetros. Por descontado, con semejante equipaje de mano no puedo coger un vuelo comercial. Lleva un vestido esmeralda ceñido en la cintura, holgado en las caderas y con un escote de pico que por un milímetro no le ves el sujetador. Con la pasta que funde me la imaginaba con más abalorios y con zapatos de tacón, no con esas sandalias casi planas. No usa maquillaje, aunque si quieres mi opinión, tampoco le hace falta con ese culo.

No me extraña que Luis Álvaro le haya echado el ojo. Pero la catalufa no tiene suficiente con un solo macho, necesita más. Pues no te preocupes, preciosa, que a donde vas habrá montones que te darán la bienvenida que mereces.

Pauso el iPad apoyado en horizontal sobre la mesa, me levanto de la butaca y me acerco a ella. Está KO, ¿verdad? Le he metido un chute de no sé qué mierda para que no se despierte durante el trayecto, me lo dio el de la furgoneta.

—Eh, tú.

Le giro la cara con el pulgar. No, está roque. Menudas peras gasta.

1. ¿ALGUIEN SE HA CAGADO DENTRO?

La que pronto llamarían "La Jefa" abrió los ojos. El brillo de los fluorescentes le irritó las retinas enrojecidas por el narcótico que la había hecho dormir como un bebé durante el viaje. Con la mirada borrosa distinguió un escritorio gris con patas finas y metálicas que sostenía una columna inestable de carpetas junto con un cenicero de plástico con el logotipo rojo y desgastado de una conocida marca de tabaco lleno de colillas aplastadas. Paladeaba un sabor amargo sobre la lengua, como si le hubiesen metido una barra de hierro oxidada en la boca, además de un leve escozor en las mucosas nasales. Su cabeza daba vueltas, no recordaba nada, no entendía por qué estaba tumbada de lado sobre ese sofá de piel sintética que la había hecho sudar a cántaros. ¡Y qué calor! El ambiente en aquel cuartucho de no más de quince metros cuadrados era

sofocante y húmedo, propio de un país tropical.

—Buen día.

Eva miró al hombre sentado detrás del escritorio. Era latino, de unos cuarenta años, con una camisa que lucía unas rodajas húmedas debajo de las axilas. Un ventilador borneaba su cabeza enrejada llena de polvo hacia los lados con insistencia, pero no lograba detener la aparición de goterones de sudor en la frente grasienta del corpulento funcionario.

—Se encuentra usted en la penitenciaría “El Caño”, en Colombia.

—¿Disculpe? —masculló ella, desorientada; tenía la voz ronca y la saliva pastosa.

El colombiano le señaló una puerta con un gran cristal en su mitad superior que daba al exterior; desde ahí no podía ver el cielo, se lo tapaba un edificio verde pistacho que parecía en ruinas.

Eva decidió ponerse en pie y mirar a través del vidrio; un sinfín de latinos recubiertos de tatuajes arrastraban los pies como zombis; vestían con unos andrajos holgados que acentuaban su delgadez extrema.

De pronto, la puerta acristalada se abrió. Eva retrocedió con la mirada fija en el cementerio con cuervos, rosas y una serpiente desproporcionada que serpenteaba entre las cruces y los pétalos. Del cuello saltó al brazo derecho decorado con demonios riendo, ojos, fuego, humo y calaveras.

—Siga —exhortó el recluso haciéndose a un lado para dejarla pasar primero.

Las piernas de la española flaquearon y la sentaron de nuevo en el sofá. Eva lanzó una mirada suplicante al tipo del escritorio, quien se la devolvió con indolencia.

—¡Hágale! —insistió el reo.

—Quiero llamar por teléfono —rogó ella.

El de los tatuajes la agarró por el brazo y la levantó de malas maneras. Eva contempló sus pupilas caramelo sin respirar y sintiendo la presión de cada dedo ciñéndola como si fuesen argollas.

—Bienvenida a casa, española.

Eva levitaba sobre un camino de mortero como si toda ella fuese un espíritu que ha quedado atrapado en el limbo. ¿Bienvenida a casa? ¿Una

cárcel perdida de Colombia?

—Y allá están los aseos —señaló después el latino refiriéndose a un edificio desconchado y lleno de grietas; el hedor a orín se oía de lejos—. También es mixto.

Eva apenas prestaba atención, a duras penas lograba sostener la mirada a los ojos de los omoplatos; estaban medio descubiertos por la camiseta imperio que antaño fue blanca, parecía que vigilaban cada paso que daba, hasta si se atrevía a mirar con mala cara a su dueño.

—Después la llevaré con las mujeres.

—¿Mujeres? —se extrañó ella, pues hasta ahora no había visto ninguna—. ¿Dónde están?

El preso giró un poco el cuello hacia ella.

—Trabajando.

Su corazón se detuvo. No se las imaginó encargadas de la limpieza como en cualquier país machista, ni tampoco en la cocina.

—¿Puede repetirme su nombre, por favor?

El prisionero dejó de caminar y se volvió hacia ella.

—Giancarlo Hernández, señora.

—Giancarlo... Verá, ha...

—¿Ya comienza la canción, mi amor?

Eva se achantó. El reo sonrió y escondió las manos tras la espalda, su torso avanzó unos centímetros.

—Aún es pronto para los ruegos, bizcochito.

—¡Pero yo no he hecho nada, no sé qué hago aquí! ¡Ha habido un error!

—No te hagas. Vos sos una rata traicionera, mentirosa y desleal. Y pagarás por ello. Pero primero me toca enseñarle las instalaciones para que no se me pierda. Así que no me azarés, ¿bueno?

—Insisto en que yo no...

Giancarlo siguió caminando con la promesa de mostrarle la celda. Eva lo acompañó como si el zombi, ahora, fuese ella. Sus pupilas se desviaron a un tipo que los estaba siguiendo. Era muy alto, más que Giancarlo, con la espalda ancha y sin tatuajes visibles. Tampoco estaba famélico, iba bien vestido y parecía europeo. Una piedra mal colocada la hizo tropezar y más carcajadas flotaron en el aire; por suerte, no cayó al suelo, solo fue un traspié. Ella ignoró las burlas y siguió a su guía.

—¿Qué es eso de ahí?

Giancarlo miró la construcción que la mujer le señalaba con el dedo.

—El comedor. ¿Estás hambrienta?

¿Cómo voy a tener hambre?

—Un poco —mintió ella, para alargar el paseo. Giancarlo

la creyó, puesto que el viaje había sido muy largo—. ¿A qué huele?

—preguntó, con la nariz arrugada dentro del salón.

—Es la comida.

Sí, hombre, esto es la basura, que no la habrán sacado.

Eva, decidida, se dirigió hacia las puertas batientes que conducían a la cocina. El olor rancio y acervo era cada vez más persistente, más embriagador y picante; estaba convencida de que en el cubo de orgánico hallaría tripas de pescado.

Se detuvo en seco cuando descubrió a tres reclusos charlando con cuchillos en las manos. De nuevo, a Eva volvió a llamarle la atención los tatuajes y lo desnutridos que estaban esos hombres, así que los bautizó como "esqueletos". Los latinos se levantaron y se encararon a ella, no obstante, retrocedieron cuando entró Giancarlo.

—¿Dónde tenéis la basura? —interrogó ella, ignorando sus temores.

Los internos se miraron extrañados por el interrogatorio y confesaron haberla sacado después de servir las raciones.

—Se lo dije, es la comida —insistió Giancarlo, con hastío.

Eva se acercó a la enorme olla que reposaba sobre los fogones y levantó la tapa. Una nube nauseabunda emanó del fondo arcilloso y la hizo retroceder tapándose la boca para no vomitar.

—¡Qué asco! ¡Esto está caducado!

—A los presos nos dan comida vencida, señora. Ya se acostumbrará.

—No, ¡esto es tóxico! ¡No me extraña que estéis cadavéricos, os estáis muriendo!

Giancarlo se encaró con los esqueletos, quienes levantaron las manos excusándose de las acusaciones de la mujer que enseguida etiquetaron de exagerada o de remilgada.

—¿Dónde tenéis la despensa?

Uno de los cocineros señaló una tela que pedía a gritos un zurcido y un lavado. Eva la corrió y sus ojos volaron por los estantes: había latas y varias hueveras apiladas junto con algunas garrafas, no sabía si de vinagre o de aceite. En el suelo, grandes sacos de arroz y de harina estaban cubiertos de polvo.

La española se dio la vuelta hacia una mesa con hortalizas.

—Esto está bien, no está florido ni dañado —observó ella, con un calabacín en la mano.

Giancarlo, a su lado, suspiró.

—¿Vos no tenías hambre?

—¿Habéis cocinado con esto?

Los chicos asintieron con la cabeza.

—¿Y qué tal si indagás por el huerto donde cultivaron los tomates, mi amor?

No me llames “Mi amor”.

—Pero si esto está bien, ¿qué diantre le habéis echado a la olla para que hieda tanto?

—Pues si no querés comer nos iremos ya para el chabolo —Giancarlo la agarró por el antebrazo.

—¡No me toques! —Eva se zarandó y se zafó.

El recluso le lanzó una mirada asesina y los tres esqueletos abandonaron el edificio como las balas.

—Estaba dispuesto a ser bueno con vos, pero me temo que su primera vez conmigo no será agradable.

Eva se adueñó de uno de los cuchillos de la mesa de las verduras.

—Por favor... —Giancarlo exteriorizó una sonrisa incrédula—. ¿Vos enloqueciste, española?

—Catalana.

El latino enarcó las cejas.

—Soy catalana, ide Girona!

—Bajá eso, mi amor, no hagás...

—¡Deja de llamarme “Mi amor”! ¡Y no te acerques!

—¿O qué? ¿Me arañará la gatita?

—Oye... me defenderé, ¿vale? ¡Si te acercas te mataré!

—Oigan a esta piroba... ¿Muy brava se cree o qué?

Eva apretó el mango del cuchillo. Su mirada no aflojaba, su expresión felina era cada vez más intensa.

Giancarlo meneó la mandíbula hacia un lado, liberó una sonrisa nerviosa y alzó las manos en señal de paz.

—Todo bien, todo bien, hermosa —el reo escarbó en el bolsillo de su

tejano.

—¡Quieto!

Giancarlo le mostró un polvo blanco envuelto por un plástico transparente.

—Para vos, mi princesita arisca.

Eva contempló el saquito con la frente arrugada.

—¿Qué es eso?

—¿Y qué va a ser, pues? Cocaína. Yo sé bien cómo consentirla, mi amor. Hágale.

—¿Estás loco? ¡Yo no consumo drogas!

Giancarlo alzó la barbilla y le lanzó la papelina. Eva se agitó, se apartó como si el paquete fuese contagioso y permitió que cayese a sus pies.

—¿Preferís el crack?

—¡Qué te calles! ¿Te piensas que soy tonta o qué? ¡Yo no me drogo!

—¿Qué está pasando aquí? 16

Eva se giró hacia las puertas batientes; era el tipo que los seguía en el patio, la contemplaba boquiabierto mientras amenazaba a Giancarlo con un cuchillo de pelar verduras.

—A la nueva no le gusta la comida —explicó el latino, como si nada.

Ricardo se acercó a investigar la gran olla donde el diablo había cocinado el almuerzo.

—¿Alguien se ha cagado dentro? —comentó, volviéndola a cubrir.

—Eres español —advirtió Eva, con sorpresa.

—¿Qué haces con eso? Suéltalo.

—No dejaré que se me acerque —reiteró Eva—. ¡Ni él, ni nadie!

—Somos ochocientos tíos —apostilló su paisano—. No creo que con un pelador de patatas resuelvas nada.

—¡Me da igual, me defenderé! Y tampoco voy a comer esa basura.

—¿Esperaba un restaurante, la señora?

—Pero tiene razón, eso está infumable, seguro que coges el cólera o algo.

—Pues qué pena con ustedes, pero acá no hay ningún chef.

—Cocinaré yo —se ofreció ella, rauda—. ¿Qué? —protestó luego, ofendida por esas caras llenas de descrédito.

—¿En serio has cogido alguna vez una sartén? —interpeló el español.

—¡Pues sí! ¿Qué te crees? ¿Qué soy una inútil o qué?

Ricardo miró al latino, que contemplaba a la nueva con la mandíbula apretada. Su sangre aún conservaba estelas de su deseo insatisfecho, aún le parecía sentir el hormigueo en las venas. Pero había algo que no encajaba. Y tenía que encajar, no había alternativa.

—Gratis no, ¿eh? —matizó luego ella.

—¿Nos vas a cobrar? —el hispano rio—. ¿No has visto este sitio o qué? ¿De dónde sacará el dinero la gente?

—¿Hay droga? ¿Eh? —lo retó Eva—. Entonces hay dinero. Quien quiera comida que me pague y quien quiera comer eso, pues libre es de envenenarse.

Ricardo miró de nuevo a Giancarlo y comentó estar de acuerdo. El latino le dedicó una mirada suspicaz... que a cualquiera que lo conociera se le hubiese helado la sangre y fundido los órganos.

2. A CAPA Y ESPADA

Parecía que nadie escuchaba lo que Eva proclamaba en las gradas de la pista de fútbol, pero se equivocaba, había conseguido captar la atención de los reclusos nada más golpear esa sartén con el cucharón.

—Quien quiera comer comida que me dé un euro —exclamó, envalentonada— y quien quiera seguir tomando esa bazofia, que coma gratis.

—En pesos, española, pesos colombianos —murmuró Giancarlo, a su lado, mientras todos reían como si la nueva hubiese contado el mejor chiste de la historia.

—Bueno, pues en pesos —corrigió ella, molesta.

—¿Lleva cucos ahí debajo? —voceó alguien oculto en el tumulto.

—La hembra me salió brava, pues, me hace esperar. ¿Cómo la ven, ah? —contestó Giancarlo, con una sonrisa que despertó otra carcajada entre los presentes.

Eva, irritada por el escarnio, decidió bajar de las gradas; ya había hablado bastante claro, y si no caló el mensaje ya calaría cuando los reos viesan comida de verdad en el plato y no una pasta arcillosa que recordaba a la diarrea.

—¿Cuál es el afán, pues? —dijo alguien, pero Eva tampoco pudo identificar el autor ante aquella marabunta.

Unas manos rozaron su costillar por detrás. Eva sacudió un sartén hacia los lados, como si sostuviese un bate de béisbol, y gritó: “¡Apartaos!”. De pronto, el cucharón desapareció de su mano debido a un tirón que le provocó un fuerte escozor en la muñeca, y el otro cachivache también se perdió.

—¡Apartaos! —repitió Eva, medio asfixiada por el hedor, la claustrofobia y el calor insoportable que hacía en aquella región de Colombia—. ¡Dejadme pasar!

Alguien atrapó sus pechos. Eva se giró y sacudió un codazo al tipo que tenía detrás y que creyó culpable de tal fechoría. Otro interno la empujó y la sentó sobre la grada; su trasero chocó contra el hormigón con un golpe seco que hizo temblar cada una de las vértebras de su columna. La falda le descubrió las rodillas.

Eva sacudió un puntapié hacia delante. Un preso le agarró la pierna y trató de separarla para ponerse en medio. Eva dirigió el pie izquierdo a la barbilla de ese tipo y lo hizo desaparecer. Se levantó y regaló algún que otro puñetazo mientras empujaba hacia delante.

Sus ojos se desviaron a un agarradero de plástico que sobresalía del bolsillo de un interno. Y se lo birló. Vaciló un segundo, se debatió en exclamar: “Quién se acerque lo pagará caro”, pero entendió que no la iban a escuchar. Y abotargada por mil pensamientos, temores, palabras, silbidos, gritos, aunque le tembló el pulso, aunque apenas sintió terso el brazo, dirigió el pincho hacia delante.

Giancarlo cayó al suelo. Ahora le había podido ver el rostro, ahora que se habían acallado los aullidos y los jadeos sudorosos como perros corriendo. Era Giancarlo. El punzón seguía insertado cerca de la clavícula, puede que a más de seis centímetros de profundidad. Eva lo contemplaba ahí, erecto, imponiendo el orden como un director de orquesta.

Se oyeron silbidos y carreras de los guardias, los presos empezaron a dispersarse.

Estaban confinados desde el mediodía. Diego Armando había explicado a los nuevos que a los internos se los encierra de siete de la tarde a siete de la mañana, doce horas en un zulo de diez metros cuadrados.

En el pasillo, como en latas de sardinas, convivían cientos de personas que no podían costearse un nicho. Debían permanecer todos sentados,

también para dormir; únicamente se levantaban para aliviarse en el orinal del fondo, cerca de la ventana. En el otro extremo, junto a la entrada del pabellón, se situaba la celda de Giancarlo; nadie osaba asomar un pie o sería amputado.

A esas horas estaba permitido el ruido; hacia las ocho, las voces altas se castigaban a puñetazos y las rabetas a puñaladas. Y a las nueve ni una mosca osaba molestar con su zumbido.

En el calabozo de Giancarlo, cuatro lechos de obra sobresalían de la pared, dos a cada lado. Debajo de una ventana sin cristal y con barrotes descansaba un inodoro con una repisa encima con cepillos de dientes deshilachados y apretujados entre sí en un vaso de plástico, algunos tubos con pasta dentífrica y un colutorio con el líquido verde. Las vistas, un descampado protegido por una valla metálica.

Seis internos compartían el espacio; si Giancarlo hubiese estado presente serían siete. Y los huéspedes de la celda eran Diego Armando, Roberto Carlos, dos esclavas de Giancarlo – Silvana y Esmeralda–, Ricardo y Eva.

La catalana estaba sentada en una litera que acumulaba objetos tales como cajas de galletas y algunos paquetes y utensilios que ella no deseó curiosear, solo buscaba un sitio donde aposentarse ya que las piernas no la sostenían. Su paisano se había acomodado a su lado y hablaba con sus dos compañeros. Las mujeres contemplaban a la nueva de un modo desafiante sentadas una junto a la otra en el suelo.

De repente, Ricardo la golpeó con el hombro para llamarle la atención, pues ella seguía hipnotizada con las grietas del pavimento encementado mientras rememoraba una y otra vez la estampa de Giancarlo con ese maldito punzón en el tórax, las voces que flotaban alrededor ni las oía. ¿Por qué estaba en ese sitio? ¿Cómo había llegado ahí? ¿Y el vuelo? ¿Y el juicio?

—Te preguntan cómo te llamas.

—Eva —respondió ella, todavía en shock.

—¿Sos sorda o boluda, española? —le alzó la voz Diego Armando, el segundo en el mando—. ¡Movete de la cama, la puta madre!

Eva dirigió la mirada al argentino, extrañada.

—Su lugar es el piso, con las mujeres.

—¿Cómo dices?

—Las hembras duermen en el piso. ¡Movete!

Eva siguió petrificada. ¿Dormir en el suelo?

El argentino dio una zancada hacia ella. Eva se alzó como el rayo. Diego Armando la examinó de arriba abajo y torció los labios. Entonces, la española se giró, apoyó las palmas en el lecho de Giancarlo y trepó de un

salto.

—¿Qué carajos hacés?! ¡Bajá de ahí inmediatamente! — le exhortó Diego Armando.

—No —declaró ella, con los brazos plegados sobre el pecho y estirada boca arriba en ese fino y delgado colchón de espuma y algodón—. He ganado a Giancarlo, lo he matado. Así que me quedo su cama.

Diego Armando la sujetó por el tobillo. Eva liberó un grito ahogado.

—¡No me rompás las bolas, pelotuda!

Eva se incorporó y voceó “¡Suéltame!” mientras se sentaba en el jergón. Diego Armando se puso en medio de sus extremidades, con los hombros impediendo que la mujer juntara las rodillas; descendió las pupilas glaucas al escote prominente de la nueva y sonrió. Eva miró hacia abajo y maldijo haber elegido ese vestido cuando salió de casa. El recluso le subió la falda con las palmas extendidas acariciándole la piel por el camino.

—¡Quieto! —voceó ella, al momento que le agarraba las muñecas—. ¡Ni se te ocurra!

El recluso apuntó con su índice hacia la ingle de la chica.

—La concha se lava, ¿oíste? Que la huelo desde acá.

Eva crujió los dientes y lo abofeteó.

—¡Pues no te acerques, que no es para ti, pervertido!

Diego Armando se volvió hacia ella; esa cachetada le había parecido... pícara, traviesa.

—Argentino.

Diego Armando se giró hacia la verja.

—Le solicitan al teléfono —le informó uno de los guardias; llevaba una escopeta.

Diego Armando lanzó una mirada de despedida a la nueva y salió afuera.

—¿Aló? —preguntó al agarrar el auricular en la pecera. —¿Cómo está la española?

—¡Comandante! ¿Cómo se encuentra?

—Bien, solo fue un arañazo. ¿Y, pues? Le he preguntado por la española.

—Uh, no le gustará, jefe.

Giancarlo resopló.

—¿Quién se la pinchó?

—No, no, nadie, Comandante, no hay man que se acerque a esa boluda.

—¡Hablá, pues, no seas rogado!

—Adivine dónde decidió dormir la señora.

Giancarlo escondió una sonrisa. Qué osada.

—Cree que lo mató, jefe, quiere quedarse su litera como trofeo, ¿viste?

—Todo bien, le doy permiso. Usted suave con ella y cuídemela hasta que regrese, ¿estamos claros? No quiero que nadie me la toque.

—Cómo ordenés, Comandante.

—Tengo otra misión para vos, parcerero.

“Se llama Ona”, y me enseñó la foto. Estaba buena, con el cabello moreno y brillante hasta media espalda, y con un vestido ceñido de lo más generoso. Fue la mascarilla, estoy seguro... Fue la puta mascarilla, le tapaba media cara. Debí comprobar el DNI cuando la subí a la furgoneta. Pero estaba ahí, en la calle y a la hora que me dijeron. ¿Y si disimula? ¿Y si no se llama Eva?

Diego Armando regresa y suelta un grito para pedir a los del pasillo que no levanten la voz. Un guardia cierra la verja a su espalda y se hace el silencio. El argentino mira un segundo a mi paquete, en posición fetal sobre la litera de Giancarlo, y después camina hacia Roberto Carlos quien le da un canuto. Lo enciende y suelta una nube espesa.

—¿Jugás, nuevo? —me pregunta Roberto Carlos sosteniendo una baraja española.

—Ya, déjalo que tiene que dormir por el jet lag.

—No, trae, trae —me levanto y le tiendo la mano; para sobar estoy yo ahora.

Los naipes están hechos mierda, con los cantos amarillentos, quebrados, doblados y con las ilustraciones desteñidas. ¿En serio me tengo que quedar aquí tres años? ¡No traje ninguna muda y no hay lavandería! Y no pienso usar el lodo del pozo como hace todo el mundo. “Solo tenés que llevar a Ona, nada más. Y estará arreglado, hermano”. ¿Arreglado? Tres años haréis que me caigan para que me entrene Giancarlo. Aprender a defender la droga, iy una mierda! A mí no me convertirás en asesino, Luis Álvaro. Yo me piro al culo del mundo con la pasta que tengo en Suiza, ni tus chuchos con el olfato más fino me encontrarían Tres años... Me cago en Dios, ime cago en mi vida!

—¿No tiene un cinco, español? —me pregunta Roberto Carlos, también con un porro en la boca.

Niego con la cabeza; este resopla y roba una carta del mazo. Diego Armando saca el cinco de espadas; yo coloco el cuatro debajo.

¿Y si miente? ¿Y si esta tía es en verdad Ona, pero se está haciendo la loca? Me ha parecido oír que rechazaba la cocaína en la cocina. Y sé que se mete, Luis Álvaro me lo ha confirmado. Demonios, si la catalina que he traído no es Ona me entierran en Colombia.

¡Gracias por leer hasta aquí!

Puedes conseguir mi novela en mi página web www.cristinagich.es, en Amazon, Casa del Libro, www.edicioneshades.com o en tu librería de confianza.

¡Ah, y no dudes en seguirme en mi redes sociales! Me encontrarás en Instagram (@cristinagich_escritora) y en YouTube (@cristinagich).

¡Muchas gracias por apoyarme!